



NOMBRES DE LOS REYES MEGICANOS.

Pub. por J. A. ... Londres, y en Méjico.

o sea ocre, y con el *jochipalli*, planta cuyas hojas se parecen a las de la artemisa. Las hermosas flores de esta misma planta, cocidas en agua con nitro, les suministraban un bello color de naranja. Como se servian del nitro para aquel color, para otros empleaban el alumbre. Despues de haber macerado y desleido en agua la tierra aluminosa llamada *tlajocottl*, la cocian al fuego en vasijas de tierra; sacaban por destilacion el alumbre puro, blanco, y diafano, y antes de que se endureciese de un todo, lo hacian pedazos, para venderlo mas comodamente en el mercado. Para dar mas consistencia a los colores, los mezclaban con el jugo glutinoso del *tzauhtli**, o con el exelente aceite de *chian* †.

Caracter general de la pintura, y modo de pintar los obgetos.

Las figuras de montes, rios, edificios, plantas, animales, y sobre todo las de hombres, que se ven en las pinturas Megicanas antiguas, son, por lo comun, desproporcionadas, y diformes: lo que, segun me parece, debe atribuirse no tanto a su ignorancia de las reglas de proporcion, o a su falta de habilidad, quanto a la prisa que se daban en pintar, de la que fueron testigos los conquistadores Españoles: asi que, pensando tan solo en representar los obgetos, no cuidaban de la perfeccion de la imagen, y muchas veces se contentaban con los contornos. Sin embargo, he visto, entre muchas pinturas antiguas, algunos retratos de reyes de Megico, en los que, ademas de la belleza singular del colorido, se notaba una observancia exacta de las proporciones: pero no niego, hablando en general, que distaban mucho aquellos pintores de la perfeccion del dibujo, y de la inteligencia del claro oscuro.

Servianse no solo de las simples imagenes de los obgetos, como han dicho algunos escritores, sino de geroglificos, y caracteres. Representaban las cosas materiales con sus propias figuras, aunque para ahorrar tiempo, trabajo, colores, y papel, se contentaban con una parte del obgeto, que bastaba para darlo a conocer a los inteligentes: pues asi como nosotros no podemos entender lo escrito, sin aprender

* El *tzauhtli*, es una planta bastante comun en aquel pais. Tiene las hojas largas, el tallo derecho y nudoso, las flores de un amarillo vivo, y la raiz blanca y fibrosa. Para sacar el jugo, la hacian pedazos, y la secaban al sol.

† Creyendo yo hacer un gran servicio a los pintores Italianos, cultivé con sumo esmero tres plantas de *chian*, de semilla que me habian enviado de Megico. Prosperaron, y tube el gusto de verlas cargadas de flores en Setiembre de 1777, pero vinieron temprano los yelos aquel año, y se perdieron las plantas.

antes a leer, así aquellos Americanos debían instruirse antes en el modo de figurar los objetos, para comprender el sentido de las pinturas, con que suplían el lenguaje escrito. Para los objetos que carecen de forma material, o cuya imitación sería muy difícil, se valían de ciertos caracteres, no ya verbales, esto es, destinados a formar palabras, como nuestras letras, si no reales, o significaciones inmediatas de las cosas, como los caracteres algebricos, y astronómicos. Afin de que mis lectores puedan formar idea de este sistema, les presento en una estampa, los caracteres numerales de los Megicanos, y las imágenes que usaban para indicar el tiempo, el cielo, la tierra, el agua, y el aire.

Con respecto a los caracteres numerales, debe observarse, que ponían tantos puntos, cuantas eran las unidades hasta veinte. Este número tiene su carácter o figura especial. Doblaban este signo hasta veinte veces veinte, esto es, cuatrocientos.

El signo de cuatrocientos se repetía hasta veinte veces, u ocho mil, y este se repetía también. Con estos cuatro caracteres, y los puntos, expresaban todas las cantidades, a lo menos, hasta veinte veces ocho mil, o ciento sesenta mil. Es de creer aunque no lo sabemos, que tubiesen otro signo para este número.

Para representar una persona determinada, pintaban un hombre, o una cabeza humana, y sobre ella una figura que expresaba la significación de su nombre, como se ve en el catálogo de los reyes Megicanos. Para expresar una ciudad o villa, pintaban otra figura significativa del sentido de su nombre. Para formar sus anales o historia, pintaban en la orla de la tela o del papel, las figuras de los años, en otros tantos cuadritos, y junto a cada uno de ellos los sucesos correspondientes a aquel año; y si por ser muchos los años cuya historia referían, no podían caber todos en la misma tela, continuaban en otra. Por lo que respecta al orden de representar los años y los sucesos, el pintor podía empezar por el ángulo que se le antojase: pero con esta regla observada constantemente en cuantas pinturas he visto: esto es, que si empezaba por el ángulo superior a mano derecha, continuaba hacia la izquierda. Si empezaba, como era más común, por el ángulo superior de la izquierda, seguía perpendicular hacia abajo. Si pintaba el primer año en el ángulo inferior a mano izquierda, continuaba hacia la derecha, y si en el ángulo inferior de la derecha, seguía perpendicularmente hacia arriba; de modo que en la parte superior de la tela no pintaban nunca de izquierda a derecha, ni en la inferior de derecha a

izquierda: ni subían por la izquierda, ni bajaban por el lado opuesto. Sabido este método, es fácil conocer a primera vista donde empezaba la serie de los años en una pintura histórica.

No puede negarse que este modo de representar las cosas era imperfecto, embrollado, y equívoco: mas no por esto deja de ser digno de alabanza el conato de aquellos pueblos en perpetuar la memoria de sus acaecimientos, y su industria en suplir, aunque imperfectamente, la falta de letras, a cuyo descubrimiento hubieran llegado quizás, atendidos los progresos de su civilización, si no hubiera sido de tan breve duración su imperio, o a lo menos habrían abreviado considerablemente, y facilitado su escritura con la multiplicación de caracteres.

Sus pinturas no deben considerarse como una historia ordenada y completa, si no como monumentos o apoyos de la tradición. No se puede elogiar dignamente el cuidado que tenían los padres y maestros en instruir a sus hijos, y discípulos en la historia nacional. Les hacían aprender las arengas, y discursos que no podían expresar con el pincel; ponían en verso los sucesos de sus antepasados, y les enseñaban a cantarlos. Esta tradición aclaraba las dudas, y evitaba las equivocaciones que podrían ocasionar las pinturas, y ayudada al mismo tiempo con estos monumentos, eternizaba la memoria de sus héroes, los ejemplos de virtud, su mitología, sus ritos, sus leyes, y sus costumbres.

Ni solamente se servían aquellos pueblos de la tradición, de las pinturas, y de los cánticos para conservar la memoria de los sucesos, si no también de hilos de diversos colores, y diferentemente anudados, llamados *quipu* por los Peruanos, y por los Megicanos *nepohualtzitzin*. Este extraño modo de representar las cosas, tan usado en el Perú, no parece que haya sido adoptado en los países de Anahuac, si no en los siglos más remotos, pues no se encuentran vestigios de aquellos monumentos. Boturini dice que después de la más diligente investigación, apenas pudo hallar uno en un pueblo de Tlascala, pero los hilos estaban gastados, y casi consumidos por el tiempo. Si los pobladores de la América Meridional pasaron a Anahuac, como algunos opinan, pudieron haber dejado allí aquel arte, que poco a poco fue abandonado, por la pintura que introdujeron los Tolteques, o quizás otra nación más antigua.

Después que aprendieron de los Españoles el uso de las letras, muchos hábiles Megicanos, Tezcucanos, y Tlascalenses escribieron sus historias parte en Español, y parte en elegante estilo Megicano, cuyos escritos se conservan aun en algunas bibliotecas de Megico, como ya he dicho.

Escultura.

Mas felices que en la pintura fueron los Megicanos en la escultura, en la fundicion, y en el mosaico, y mejor espresaban en la piedra, en la madera, en el oro, en la plata, y con las plumas las imagenes de sus heroes, o las obras de la naturaleza que en el lienzo o en el papel, o por que la mayor dificultad de aquellos trabajos exitaba mas su aplicacion, y su diligencia, o por que el sumo aprecio que de ellos hacian los pueblos, despertaba su ingenio, y agujoneaba su industria.

La escultura fue una de las artes conocidas, y practicadas por los antiguos Tolteques. Hasta el tiempo de los Españoles se conservaron algunas estatuas de piedra trabajadas por los artistas de aquella nacion, como el idolo de Tlaloc, colocado en el monte del mismo nombre, que tanto reverenciaban los Chichimecos, y los Acolhuis, y las estatuas gigantescas erigidas en los dos célebres templos de Teotihuacan. Los Megicanos tenian ya escultores cuando salieron de su patria Aztlan, pues sabemos que en aquella epoca hicieron el idolo de Huitzilopochtli, que llevaron consigo en su larga peregrinacion.

Sus estatuas eran por lo comun de piedra o de madera. Trabajaban la primera sin hierro, ni acero, ni otro instrumento que uno de piedra dura. Toda su incomparable paciencia, y constancia se necesitaba para superar tantas dificultades, y sufrir la lentitud de aquella clase de trabajos: pero lo conseguian en despecho de la imperfeccion de los medios que empleaban. Sabian espresar en sus estatuas todas las actitudes, y posturas de que es capaz el cuerpo humano, observando exactamente las proporciones, y haciendo cuando era preciso las labores mas menudas, y delicadas. No solo hacian estatuas enteras, si no que esculpian en la piedra figuras de bajo relieve, como los retratos de Moteuczoma II, y de un hijo suyo, que se veian en una piedra del monte Chapoltepec, citados, y celebrados por el P. Acosta. Formaban tambien estatuas de barro, y madera, sirviendose para estas de un utensilio de cobre. El numero increíble de sus estatuas, se puede inferir por el de los idolos, de que ya hablé en el libro precedente. Aun en esto tenemos que deplorar el celo del primer obispo de Megico, y de los primeros predicadores del evangelio, pues por no dejar a los neofitos ningun incentivo de idolatria, nos privaron de muchos preciosos monumentos de la escultura de los Megicanos. Los cimientos de la primera iglesia que se construyó en Megico se componian de fragmentos de idolos, y tantas fueron las estatuas que se destrozaron con aquel obgeto, que habiendo abundado tanto en aquel

pais, apenas se hallan algunas pocas en el dia, aun despues de la mas laboriosa investigacion. La conducta de aquellos buenos religiosos fue sumamente loable, ora se considere el motivo, ora los efectos que produjo: mejor hubiera sido, sin embargo, preservar las estatuas inocentes, de la ruina total de los simulacros gentlicos, y aun poner en reserva algunas de estas, en sitios en que no hubieran podido servir de tropiezo a la conciencia de los recién convertidos.

Fundicion.

Los Megicanos tenian en mas precio los trabajos de fundicion que todas las otras obras de escultura, tanto por el mayor valor de la materia, cuanto por la exelencia del trabajo mismo. No serian verosimiles las maravillas que hacian en aquel arte, si ademas del testimonio de los que las vieron, no se hubieran enviado como curiosidades a muchas partes de Europa. Los trabajos de oro, y plata enviados de regalo a Carlos V por Cortés, llenaron de admiracion a los artifices Europeos, los cuales como aseguran muchos escritores de aquel tiempo*, declararon que eran realmente inimitables. Hacian los fundidores Megicanos, con plata y oro, las imagenes mas perfectas de los obgetos naturales. Fundian de una vez un pez, que tenia las escamas alternativamente de plata, y oro; un papagallo con la cabeza, la lengua, y las alas mobiles; un mono, con la cabeza y con los pies mobiles, y con un huso en la mano en actitud de hilar. Engarzaban las piedras preciosas en oro, y plata, y hacian joyas curiosisimas, y de gran valor. Finalmente tan preciosas eran aquellas alajas, que aun los mismos soldados Españoles apesar de la sed de oro que los devoraba, preferian en ellas el trabajo a la materia. Este arte maravillosa, egercitada ya por los Tolteques, que atribuian su invencion o su perfeccion al dios Quetzalcoatl, se ha perdido enteramente por el envilecimiento de los Indios, y por descuido de los Españoles. No sé que queden restos de aquellas preciosas labores: a lo menos mas facil sera hallarlas en algun gabinete de Europa, que en toda la Nueva España. La curiosidad cedio a la codicia, y la belleza de la egecucion fue sacrificada al valor de la materia.

Tambien se servian del martillo para la elaboracion de los metales, pero no sobresalian en esta clase de obras como en las fundidas, ni podian compararse con las de los artifices de Europa, por no tener

* Vease particularmente lo que de estos trabajos dice el historiador Gomara, el cual los tubo en sus manos, y oyó lo que de ellos opinaban los plateros Sevillanos.

otro instrumento que la piedra. Con todo se sabe que trabajaban bien el cobre, y que los Españoles elogiaron sus escudos, y sus picas. Los fundidores, y los plateros de Megico formaban un cuerpo respetable. Tributaban un culto particular a Gipe, su dios protector, y en su honor hacian una gran fiesta el segundo mes, con sacrificios inhumanos.

Mosaico.

Pero nada tenian en tan alta estima los Megicanos como los trabajos de mosaico, que hacian con las plumas mas delicadas, y hermosas de los pajaros. Para esto criaban muchas especies de las aves bellisimas que abundan en aquellas regiones, no solo en los palacios de los reyes, donde mantenian, como ya hemos dicho, toda clase de animales, si no tambien en las casas de los particulares, y en cierto tiempo del año les quitaban las plumas, para servirse de ellas con aquel fin, o para venderlas en el mercado. Preferian las de aquellos maravillosos pajarillos, que ellos llaman *huitzitzilin*, y los Españoles *picaflores*, tanto por su sutileza, como por la finura, y variedad de los colores. En estos, y otros lindos animales, les habia suministrado la naturaleza cuantos colores puede emplear el arte, y otros que ella no puede imitar. Reunianse para cada obra de mosaico muchos artifices, y despues de haber hecho el dibujo, y tomado las medidas, y las proporciones, cada uno se encargaba de una parte de la obra, y se esmeraba en ella con tanta aplicacion, y paciencia, que solia estarse un dia entero, para colocar una pluma, poniendo sucesivamente muchas, y observando cual de ellas se acomodaba mas a su intento. Terminada la parte que a cada uno tocaba, se reunian todos para juntarlas, y formar el cuadro entero. Si se hallaba alguna imperfeccion, se volvia a trabajar hasta hacerla desaparecer. Tomaban las plumas con cierta sustancia blanda para no maltratarlas, y las pegaban a la tela con *tzauhtli*, o con otra sustancia glutinosa: despues unian todas las partes sobre una tabla, o sobre una lamina de cobre, y las pulian suavemente, hasta dejar la superficie tan igual, y tan lisa, que parecia hecha a pincel.

Tales eran las representaciones o imagenes que tanto celebraron los Españoles, y otras naciones de Europa, sin saber si en ellas era mas admirable la viveza del colorido, o la destreza del artifice, o la ingeniosa disposicion del arte: "obras, dice el P. Acosta, justamente encomiadas, siendo cosa maravillosa como podian hacerse con plumas de pajaros, dibujos tan finos y delicados que parecian hechos con pincel, y ni el pincel ni la pintura artificial pueden imitar la viveza, y el esplendor que en ellos se veia. Algunos Indios, sobresalientes en

este arte, imitan con tanta exactitud por medio de las plumas, las obras del pincel, que no ceden a los mejores pintores en España. Al principe de España D. Felipe regaló su maestro tres pequenissimas imagenes, para que le sirviesen de registro en su diurno, y Su Alteza las enseñó al rei D. Felipe II de este nombre, su padre, y habiendolas considerado su Magestad, dijo que jamas habia visto en tan pequenas figuras, trabajo mas exelente. Habiendose tambien presentado al papa Sisto V otro cuadro mayor de S. Francisco, y dichole que era obra hecha con plumas por los Indios, quiso Su Santidad tocarlo, para asegurarse que no era pintura, pareciendole cosa maravillosa que estubiese tan bien ajustada, y lisa, que los ojos no sabian distinguir si los colores eran artificialmente dados con el pincel, o naturales de las plumas con que estaba construida. La union que hace el verde, con el naranjado o dorado, y otros varios colores, es hermosisima, y mirada la imagen a otra luz los mismos colores parecen amortiguados." Los Megicanos gustaban tanto de estas obras de pluma, que las estimaban en mas que el oro. Cortés, Bernal Diaz, Gomara, Torquemada, y todos los otros historiadores que las vieron, no hallaban espresiones con que encomiar bastantemente sus perfecciones*. Poco tiempo ha vivia en Pazcuaro, capital del reino de Michuacan, donde mas que en ninguna otra parte florecio el arte de que vamos hablando, el ultimo artifice de mosaico que quedaba, y con él habra acabado o estará para acabar un ramo tan precioso, aunque hace dos siglos que no se cultiva con la perfeccion que supieron darle los antiguos. Conservanse hasta ahora algunos restos en los museos de Europa, y muchos en Megico, pero pocos, segun creo, del siglo XVI, y ninguno que yo sepa anterior a la conquista. Tambien hacian un mosaico de conchillas que hasta nuestros dias se ha conservado en Guatemala.

A imitacion de aquellos eminentes artistas habia otros que con diversas flores, y hojas, formaban para las fiestas hermosos dibujos, sobre esteras de diferentes clases. Despues de la propagacion del Evangelio los hacian para adorno de los templos Cristianos, y eran muy estimadas de la nobleza Española por la singular belleza de su ar-

* Juan Lorenzo de Anagnia, docto Italiano del siglo XV, hablando en su Cosmografia de estas imagenes de los Megicanos, dice: "Entre otras me ha causado gran admiracion un San Geronimo con su crucifijo, y un leon, que me enseñó la Señora Diana Lofreda, tan notable por la hermosura, y viveza de los colores, y por el arte con que estaban distribuidos, que creo no haber visto cosa semejante, no dire mejor, en los antiguos, ni en los mejores pintores modernos."

tificio. En la actualidad hai muchas personas en aquel reino que se emplean en imitar las mosaicos de pluma del modo que he dicho: pero sus obras no pueden compararse de ningun modo a las de los antiguos.

Arquitectura domestica.

Un pueblo tan industrioso en los trabajos de curiosidad y lujo, no podía carecer de los que son necesarios a la vida. La arquitectura, que es una de las artes inspiradas por la necesidad desde el principio de las sociedades, fue conocida, y practicada por los habitantes del país de Anahuac, a lo menos desde la epoca de los Tolteques. Los Chichimecos, sus sucesores, los Acolhuis, y todas las otras naciones de los reinos de Acolhuacan, de Megico, de Michuacan, de la republica de Tlascala, y de las otras provincias, exepcto los Otomites, fabricaron casas, y formaron ciudades desde tiempo inmemorial. Cuando los Megicanos llegaron a aquellos países, los encontraron cubiertos de grandes, y bellas poblaciones. Ellos, que antes de salir de su patria, eran ya mui inteligentes en arquitectura, y estaban acostumbrados a la vida social, construyeron durante su larga romeria muchos edificios, en los puntos donde se detenian algunos años. Conservanse restos de ellos, como ya he dicho, a las orillas del rio Gila, en la Pimeria, y cerca de la ciudad de Zacatecas. Reducidos despues a la mayor miseria en las orillas del lago Tezcucano, construyeron humildes cabañas de cañas y fango, hasta que con el comercio de la pesca, pudieron adquirir mejores materiales. A medida que crecian su poder, y su riqueza, se aumentaban, y mejoraban sus edificios: hasta que llegaron los conquistadores, y hallaron mucho que admirar, y no menos que destruir.

Las casas de los pobres eran de cañas, y de ladrillos crudos, o de piedra, y fango, y el techo de un heno largo y grueso, que es mui comun en aquellos campos, particularmente en las tierras calientes, o de hojas de maguei, puestas unas sobre otras, a guisa de tejas, a las que se parecen ademas en el grueso, y en la figura. Una de las columnas o apoyos de estos edificios solia ser un arbol de proporcionadas dimensiones, el cual, ademas del recreo que les proporcionaba su frondosidad, solia ahorrarles algun gasto y trabajo. Ordinariamente estas casas no tenian mas que un piso, donde estaban el hogar y los muebles, y en que residian la familia, y los animales. Si la familia no era tan pobre, habia otras dos o tres piezas, un *ayauhcalli*, u oratorio, un *temazcalli*, o baño, y un pequeño granero.

Las casas de los señores, y de la gente acomodada eran de piedra, y cal, y tenian dos pisos, con sus salas, y camaras bien distribuidas, y sus patios; el techo llano, de buena madera, bien labrado, y con azotea; los muros tan blancos, bruñidos, y relucientes, que los primeros Españoles que los vieron de lejos los creyeron de plata; el pavimento de una mezcla igual, y lisa.

Muchas de estas casas estaban coronadas de almenas, y tenian torres, y a veces un jardin con estanque, y calles trazadas con simetria. Las casas grandes de la capital tenian por lo comun dos entradas; la principal que daba a la calle, y otra al canal. En ellas no tenian puertas de madera, creyendo sin duda que sus habitaciones no necesitaban de otra custodia que la severidad de las leyes: mas para evitar la vista de los pasajeros cubrian la entrada con cortinas, y junto a ellas suspendian algunos pedazos de vasija, u otra cosa capaz de avisar con su ruido a los de casa, cuando alguno alzaba la cortina para entrar. A ninguno era licito entrar sin el beneplacito del dueño. Cuando la necesidad, o la urbanidad, o el parentesco no justificaban la entrada del que llegaba a la puerta, alli se le escuchaba, y prontamente se le despedia.

Supieron los Megicanos fabricar arcos, y bovedas* como consta por las pinturas, y como se ve en sus baños, en las ruinas del palacio real de Tezcucuo, y en las de otros edificios que se preservaron del furor de los conquistadores. Tambien hacian uso de las cornizas, y de otros adornos de arquitectura. Gustaban de otros que labraban en la piedra, y en torno de las puertas y ventanas, a manera de lazos, y en algunos edificios habia una gran sierpe de piedra, en actitud de morderse la cola, despues de haber girado el cuerpo, en torno de todas las ventanas de la casa. Los muros eran derechos y perpendiculares, aunque no sabemos de qué instrumento se servian para su construccion, por que el descuido de los historiadores nos ha privado de datos sobre este y otros puntos curiosos, relativos a sus artes. Algunos creen que los albañiles de aquellos países, cuando alzaban un muro, amontonaban tierra por uno, y otro lado, aumentando estos montones,

* Torquemada dice que cuando los Españoles construyeron una boveda en la primera iglesia de Megico, los Megicanos asombrados no querian entrar en ella temerosos de que se desplomase: pero si en realidad tubieron algun temor no fue seguramente de la boveda, de que como ya hemos dicho usaban en sus edificios, si no de alguna otra circunstancia que intervino en su construccion, y que probablemente seria nueva para ellos.